
Los rituales de Dionisio. Cincuenta años de poesía en Colima, un repaso

Rogelio Guedea

Los procesos seguidos por la poesía escrita en Colima se han alimentado —en ocasiones en mayor medida que en otras, como de hecho sucede en gran parte de las provincias mexicanas— de los cambios heredados por las corrientes estéticas circunscritas dentro del amplio *corpus* lírico de la lengua española. Si los poetas del siglo XIX en Colima (Severo Campero, Atanasio Orozco, José Carlos Calvillo, Balbino Dávalos, Miguel García Topete, Salvador Orozco, etcétera) trasplantaron a sus escenarios expresivos los dictados impuestos por el romanticismo español, trasunto a su vez nada fiel de los presupuestos románticos franceses y, principalmente, alemanes, los poetas nacidos a principios del XX (Agustín Santa Cruz, José G. Alcaraz, Ma. del Refugio Morales, Antonio G. Barbosa) corrieron peor suerte porque no lograron siquiera inscribirse de manera modal dentro de las prerrogativas de las vanguardias literarias. Esto es: mientras poetas como Vicente Huidobro (inventor del creacionismo y primer introductor de la vanguardia en Hispanoamérica), Oliverio Girondo, César Vallejo y Pablo Neruda habían desoído (en el sentido “ruptural”) los legados del modernismo y posmodernismo (o, para mejor decirlo, con Rubén Darío y Leopoldo Lugones), y habían creado en sus espacios ficcionales una nueva signicidad del acto poético, en el que la experiencia del lenguaje y la unitariedad o autonomía del poema eran los principios preponderantes, los poetas colimenses de esa misma época permanecieron impertérritos a estas transfiguraciones y siguieron fo-

mentando en sus vertientes de escritura las atmósferas propias del movimiento romántico y modernista: amor por el terruño, acentuado sensualismo, preferencias por estructuras métricas de raigambre clásica (soneto, décimas, octavas reales), añoranza por el tiempo ido, referencias a mitos y escenarios de carácter popular y costumbrista, ambientes exóticos y preciosistas, etcétera. Uno de los factores de peso para que esta evolución de la lírica colimense se haya estacionado en estas formas y visiones de lo estético fue, sin duda, el alejamiento no sólo geográfico sino emocional con el centro del país, que a principios de los años veinte o treinta del pasado siglo era notable. Cuando en el centro del país el romanticismo era carta vedada, por ejemplo, en Colima era fervor y revolución. Los poetas de estas generaciones —ninguna fundacional, por cierto— permanecieron eminentemente como glorias locales, pues su legado no trascendió tampoco dentro de la tradición literaria nacional, al menos no a la altura de un Gutiérrez Nájera, un Tablada o un López Velarde.

La verdadera historia de la poesía colimense empezará a escribirse treinta años después, más o menos en 1950, periodo en que dentro de la sensibilidad del continente americano nacerá una corriente expresiva de corte realista, testimonial, autobiográfica y de referentes cotidianos que ligará a poetas como Roberto Fernández Retamar, Juan Gelman, Jaime Sabines, Rosario Castellanos, Nicanor Parra, Ernesto Cardenal, Roque Dalton y Mario Benedetti, por mencionar sólo a los hispanoamericanos.



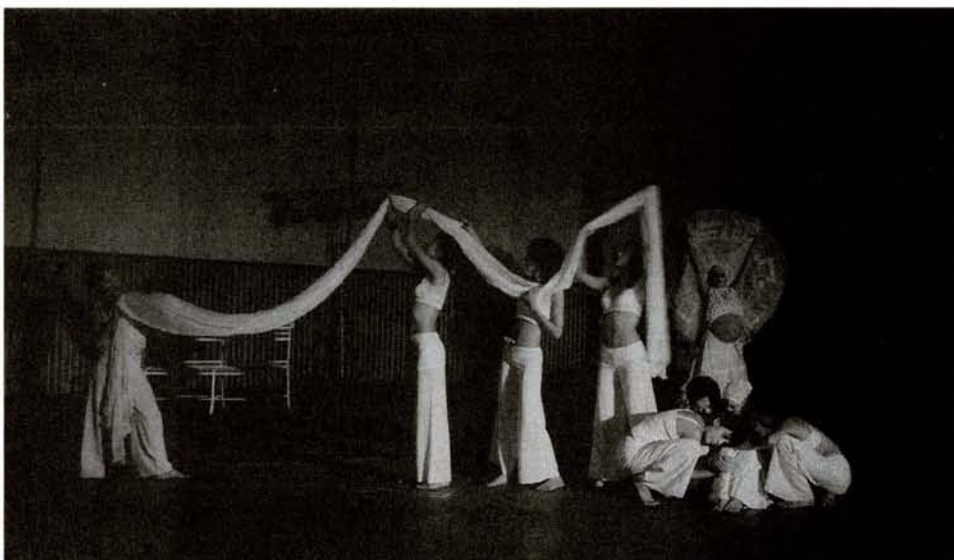
Esta tendencia, cuyo estigma aún hoy es visible en muchas de las generaciones de poetas actuales, marcaría de forma determinante también la estética de los poetas colimenses nacidos en este periodo y que, para efectos meramente metodológicos, podríamos aglutinar bajo el marbete de Generación del 50: Guillermina Cuevas (1950), Víctor Manuel Cárdenas (1952), Efrén Rodríguez (1957) y Rafael Mesina Polanco (1959), los más relevantes. Así, el salto cualitativo que darían estos poetas con los anteriores remite su trascendencia al hecho de haberse circunscrito a la sensibilidad que imperaba en todo el continente. Las vías de comunicación y de diálogo literario y extraliterario establecidos entre Colima y el centro del país (aunque aún faltan más accesos y canales) propiciaron las condiciones para que la poesía colimense (y los poetas que la ostentaban) saliera ahora sí de sus límites meramente provincianos. La importancia de estos primeros poetas “no clónicos” (todos ellos coordinadores de talleres literarios) sería visible en las generaciones posteriores, de ahí que pueda considerárseles fundacionales no tanto de una nueva *sentimentalidad* sino más bien de una forma genuina de apropiación de la tradición lírica. Hago un paréntesis: si he dejado a propósito de lado nombres como el de Octavio Paz, José Lezama Lima, Severo Sarduy, Alí Chumacero, y los ya reconocidos vanguardistas de la línea imaginística y del lenguaje, no ha sido por desorden de sistema sino porque no serán sus postulados los que incidirán tan marcadamente en la poética de la generación colimense mencionada. Lo que permeará la obra de esta promoción será un realismo socialista e impresionista (Víctor Manuel Cárdenas), un ahondamiento de lo sensitivo cotidiano (Efrén Rodríguez), un desbordamiento imaginístico (Rafael Mesina Polanco) y un neoexpresionismo irónico que la mayoría de las veces termina en una entrañabilísima elegía (Guillermina Cuevas). De modo que si conservamos la clasificación realizada por Nietzsche con respecto a los dos grandes bloques en que se inserta todo poeta, sin duda en Colima prevalecerían los cifrados dionisiacos, esto es, una poesía más lírica que pensadora, más sensorial que irracional, más figurativa que abstracta, más terrestre que etérea, más racional que onírica, más intuitiva que intelectual, y esto, dentro del marco emocional local, dejará una marca ineludible en la producción creativa de las generaciones posteriores. Será una patente de sangre, un estigma genealógico al que no se podrá renunciar pese a las fuentes tan diversas de las que se alimentará la poesía de esta latitud.

Los poetas de la Generación del 60: Gloria Vergara (1964) Verónica Zamora (1965), Jorge Vega (1966),

Alberto Vega Aguayo (1968) y Marco Jáuregui (1968), los más genuinos, continuaron los sentidos expresivos de base de la generación anterior, pero, además, añadieron algunos elementos no visibles antes: una apropiación y reinterpretación vitalista de cifrado mítico (Verónica Zamora), una visión profunda y humanizante de la existencialidad (Gloria Vergara), un realismo que se salía de lo meramente sensorial para entroncar en los límites de lo metafísico (Alberto Vega Aguayo), una fundición intimista de lo urbano y lo natural (Jorge Vega) y una economía y tensión de los recursos lingüísticos a la manera de la poesía minimalista o del silencio (Marco Jáuregui). Colima, para este entonces, tiene ya dos suplementos culturales (*Ágora*, de Diario de Colima, y *Cartapacios*, de Ecos de la Costa), un premio estatal de poesía convocado por el Gobierno del Estado, una consolidada Facultad de Letras en la Universidad de Colima, tres librerías nada desdeñables (Librería Hidalgo, Librería Venegas y Galería Universitaria), varias revistas culturales (entre ellas *Cenzontle* y *Barro nuevo*), algunas vías de publicación (Universidad de Colima e Instituto Colimense de Cultura, hoy convertido en Secretaría) y muchos canales de inmigración libresco y mediática que permitirán estar al tanto de las últimas noticias culturales suscitadas en el resto del mundo. En este terreno (que se ha ido ensanchando paulatinamente) nacerá la obra de los autores pertenecientes a la Generación del 70: Sergio Briceño González (1970), Avelino Gómez Guzmán (1973), Rogelio Guedea (1974) y Nadia Contreras (1976), quienes ya, ahora sí, formarán parte integral del panorama poético nacional. Los poetas de esta generación no son, en realidad, rupturistas ni fundacionales de nuevos arquetipos poéticos —pues su obra es incipiente todavía y el tiempo, para este caso, es una condición *sine qua non*—, pero sí, en cambio, han avanzado en su visión del hecho poético y en su postura ética frente al ejercicio creativo: son más individualistas, más cosmopolitas y, por consiguiente, más proclives a reflexionar sobre el acto mismo de la escritura. Al igual que las generaciones precedentes, han agregado a la tradición poética colimense algunos aspectos que antes no aparecían o eran representados de manera periférica: una celebración límite de lo sensorial cognoscitivo (Sergio Briceño González), una proclividad por el lirismo visionario y plástico (Avelino Gómez Guzmán), un gusto por lo trascendental cotidiano (Rogelio Guedea) y un afán por hacer del fatalismo una razón de existencia (Nadia Contreras). Aunque los premios literarios no son indicativos de madurez expresiva ni de verdadero enriquecimiento de una tradición, sí es de subrayar que en esta última promoción no



hay un solo poeta que no haya recibido un reconocimiento a su creación y no tenga al menos una publicación en una editorial de prestigio y relevancia nacional. Todos los anteriores, por ejemplo, forman parte de la nómina del Fondo Editorial Tierra Adentro, que, se quiera o no, ha sido un filtro sustancial dentro de los procesos de transmisión y recepción literaria. Sin duda, la nueva horneada de poetas que ya empiezan a mostrar sus producciones en los diferentes medios de la localidad (Carlos Ramírez Vuelvas —ganador, por ejemplo, del Premio Estatal de Poesía apenas a sus veinte años—, Krishna Naranjo, Yuliana Valle, entre otros), vendrán a acrecentar los legados poéticos que de manera sucintísima se han descrito en estas líneas. Por lo que puede apreciarse casi con miralejos, serán ellos los que realmente radicalicen y nieguen la sangre que ha estigmatizado a las generaciones precedentes. Su obra dará seguramente una vuelta de tuerca real —y qué bueno que así sea— a los postulados estéticos imperantes a lo largo de casi cincuenta años y quizá —en una actitud visionaria— su obra tenderá hacia el irracionalismo, el neosimbolismo e incluso hacia una nueva reflexión sobre las potencialidades del lenguaje. Ellos, pues, serán los encargados de drenar lo que en nosotros, sus predecesores, era sólo materia de olvido y vejación, del mismo modo como yo lo he hecho ahora con mis abuelos y padres literarios regionales. ◆



[Dicen que por una pasión insana]

Guillermina Cuevas

Dicen que por una pasión insana
ha cambiado mi destino,
que no soy la misma, la de antes,
que mi sombra camina algunas veces
entre la gente, con mis viejos vestidos.

Dicen también que envejecí de golpe,
que la tristeza ha dejado en mi rostro
la huella de la melancolía,
que ya no soy alegre, no platico,
que vivo en el fondo
de una amarga pesadumbre.

Cuentan, y es cierto, que me persigue
el absurdo, que me atrapó la ironía,
que escribo entrecortando el lamento
como un borracho perdido,
como un obseso.
Afirman, yo no lo creo,
que un poderoso enemigo me señala,
me quiere vencida, sin refugio,
y sobre mí vierte su caprichoso desprecio.

Pero yo no salgo, no distingo al enemigo,
vivo para escribir como un borracho
y desde el fondo mismo de la pesadumbre
me he visto envejecer,
no de golpe, con los años,
alimentando una pasión hecha de fuego,
antigua como el mar, callada y nocturna
como el desierto.





Un barco se aleja

Víctor Manuel Cárdenas

Un barco se aleja. Lo veo levantar anclas cargado de aceite
de limón.
Se dirige a tierras lejanas: Quizá a las Filipinas o a Corea
del Sur.
Yo no quiero estar lejos de esta playa. Deseo habitar esta
orilla pero algo de mí
se aleja con la nave carguera. Son las seis de la tarde y una
gaviota se clava
en lo alto de la nueva ola. Llega la nueva ola, se levanta,
revienta, acaricia con rapidez
de jaiba la arena y regresa, regresa, ¿regresa?
Las olas vienen de lejos y no traen algo de mí, sólo el sueño
de haber viajado.

Leí en los labios de un poeta que cada ola sale del norte
y dos años después toca esta arena.
Hoy, en total, han llegado a mí casi tres mil años en olas
pues el mar estuvo fuerte como el sol.
Antes de lamer mis pies esta ola tocó ochocientos noventa
y siete barcos, cuatro millones
de ramos de coral, de peces, medusas y naufragios.

La prensa habló de quinientos veintisiete ahogados que tocaron
esta ola y se aferraron a ella
poco antes de morir con los ojos abiertos. Pero lo grave
acaso fue conocido por la ola
cuando por encima de ella emisores y receptores divulgaron
los hechos: cuatrocientos y tantos mil
millones de partos, trescientos ochenta y nueve mil guerras
con millones de muertos,
ochenta mil asaltos (hambre y desempleo) sólo en Nueva York...

El barco ya es un punto en el horizonte. Lo dejaré partir
y veré cómo gaviotas y pelícanos
picotean las noticias de la ola nueva.





Si usted no está de acuerdo conmigo

Efrén Rodríguez

si usted no está de acuerdo conmigo
si usted es de los que esperan bajo
el peso de sus propias dudas
señor si usted es de los que
no aceptan que el mundo estalla debajo de la mesa
y que la noche deja prendas de vestir en todas partes
entonces dígame pero por favor
respóndame dígame
no se salga por la tangente
—como siempre—
de la realidad que lo circunda
¿qué fue de días y días que no dejaron huella?
¿cómo justifica su presencia en los tranvías?
¿de qué le sirve haber obtenido un título en la Universidad?
si no reconoce su clamor
abatido por la euforia de los autos
yo no sé qué puede esperar sentado
en una banca con el mismo trajecito de siempre
con su misma actitud estudiada
y simple
con la indolencia en sus más mínimos gestos
amartillado en su nohacer

qué infame en su actitud oculta
en su pose pedante y ufana
en su pecado cotidiano
¡y pensar que usted es el espejo
en el que me puedo ver mañana!



Este mar

Rafael Mesina Polanco

Este mar no se guarda;
cada ola me lo trae
y se lo lleva.

Es lo que viene
por un momento,
lo que después retorna.
Pero inapresable.

En este mar flotan naufragios,
se alojan peces, malaguas,
brazos larguísimos de calamares,
monstruos del renacimiento.

Con cada ola llegan,
con ella se vuelven.

Hemos llenado el desaliento

Gloria Vergara

Hemos llenado el desaliento de la noche
y he aquí
que como dos pechos de río
nos tiene sepultados
en su arena.

¿De quién brincó ese lánguido rumor
que nos soñó entre espumas
y en eclipse de aire?
¿De quién el rompimiento
de la noche vino
para arrancar del ojo
este mi sol
que me hizo lumbre?

¿De quién, amado,
de quién, de dónde
la noche, el viento?

Hemos callado el desaliento de la noche
y corren todavía,
como potros de luna
enceguecidos,
los ríos del cuerpo
en nuestra alcoba.

Eva*Verónica Zamora*

Yo soy una mujer que nada extraña,
alguien que ha visto al mundo pasar
como un fantasma sordo.

Hablo de mí

con lentos adjetivos:

Yo soy una mujer sin dote

que se baña en el río

que da hijos al viento y no va a misa.

Soy el hueco en la mano de un hombre.

Una serpiente asustada y ciega.

Nada me corresponde,

mis amigas cocinan pasteles los domingos.

Soy lo que otros inventan

un gran demonio bobo

una hechicera en apuros.

Soy el cuerpo de una niña que flota en el lago.

De poesía el aire,

la clara cúpula del aire,

de palabras,

de cantos al oído de mis dioses,

de esta fascinación

de este delirio,

de esta sabrosa fruta masticable.

Tabaco*Jorge Vega*

de dolor en dolor colibríes arribamos
cansados al origen de la tarde

dolor que nos inventa que duele

que nos vuelve oscuros para encender la luz

que nos vacía de miel tabaco

de pasiones pequeñas coladas por la ventana

dios es amor pero es mujer dolor es canto

es lo que no está allí cuando se necesita

dolor que nos hunde los hombres

amarga

la vista la nariz la comisura del labio

la camisa de remendar el café de garbanzos molidos

dolor que rompe las alas con que nos colgamos

al sol

13*Alberto Vega Aguayo*

Deja ya de pintar tu casa,
de acomodar los grandes sillones
y tejer los techos de tu vida.

Deja el arado en la tierra,
el barco en el mar,
la sombra en la noche.

Deja los pensamientos en la cocina,
a fuego lento,
y salta por la ventana del amor
hasta encontrar tu antigua vestimenta.

Deja a los hijos en el campo,
ellos solos encontrarán las señales del río
y remontarán la montaña,
cruzarán los deseos
hasta llegar a los pies del universo,
quizá antes que tú,
viejo prisionero del mundo.

Pensar en ti*Marco Jáuregui*

Soy en ti.

Sólo en ti respira
mi silencio.

Busco los arrobos de tu sangre
como quien se sueña barco
y al amanecer
naufraga.

Mi cuerpo es terciopelo
doliente
cuando de ti se vacía.

Guijarros como lenguas
al lamer me excorían
si aire hay
entre tu piel y mi piel.

Porque he nacido
para ser en ti.



Partituras para un espejo

Sergio Briceño González

La pregunta crecía como un árbol caído
al que le nacen ramas y con azoro atisba
su propio cuerpo derrumbado

Brazos del polvo que la luz anima

Fango en la carne como una tierra fértil
para sanar incisiones en la madera roja

Hubo los que pudieron trepar hacia la fruta más alta

Otros caudas o vejigas de aire para la inmersión

Anémona
verdadero origen del abismo al que la luz no roza

No la estirpe de la célula
sino la vasta boca de la noche

los ladridos bajo el agua.

La puerta del burdel

Avelino Gómez Guzmán

Quién de ustedes
 compañeros míos
no recuerda a aquella meretriz
que por las tardes salía al balcón
a mirar la caída de la tormenta.

Quién de ustedes
 pregunto
no pasó una noche con Ella.
El aire que nacía de sus huesos
arrasaba de golpe
la lujuria de nuestro encierro.

Hablo de Ella
la que partió una mañana
y dejó correr la sangre
que no descansará más
en las toallas femeninas.

Hablo de ella
—nuestra maestra y concubina—
y pido que hoy
 por esta noche
silenciosas se cierren
las puertas de todos los burdeles.





[Hoy me despertaron]

Nadia Contreras

Hoy me despertaron
las voces todas del pasado.
¿Pero existe el pasado, madre?

En qué momento, entonces, dijiste
que volvías
y era el adiós más prolongado
de tus 17 años.

Tú no te diste cuenta,
pero luego
las noches fueron
más oscuras.

Y fue como cerrar
las ventanas a la vida.

Me dicen
que hubo alguien que me sacó de ahí,
que me puso en otros brazos.

Yo no lo recuerdo
pero sé que la luz me lastimó
los ojos.

Crecí luego
como los árboles crecen
en primavera
y del hecho
nadie dijo palabra alguna.

esta canción cantada en la mujer

Rogelio Guedea

esta canción que estaba yo cantando, canción cantada
por Chalino Sánchez, canción herida de palabra
o pelícano en su propia maravilla/

esta canción culpable en su ejercicio de sonar,
sonora como escritura que no quiere nacer
y nace pero magullada, atravesada por lo blando/

esta canción cantada atravesó los ojos de esa mujer,
pasó por ella como barco que llevara piedras,
pasó por ella partiéndola en dos vuelos.

Bibliografía

- Briceño González, Sergio (1995). *Corazón de agua negra*. Instituto Colimense de Cultura, México.
- Cárdenas, Víctor Manuel (2003). *Fiel a la tierra*. Secretaría de Cultura, México.
- Contreras, Nadia (2003). *Lo que queda de mí*. Fondo Editorial Tierra Adentro, México.
- Cuevas, Guillermina (1998). *De ásperos bordes*. Praxis, México.
- Gómez Guzmán, Avelino (1998). *El agua y la sal*. Fondo Editorial Tierra Adentro, México.
- Guedea, Rogelio (2004). *Razón de mundo*. En prensa.
- Jáuregui, Marco (1996). *Los fulgores del instante*. Universidad de Colima, México.
- Mesina Polanco, Rafael (1995). *Comenzar a ser ruina*. Instituto Colimense de Cultura, México.
- Rodríguez, Efrén (1995). *El ángel caído*. Instituto Colimense de Cultura, México.
- Vega Aguayo, Alberto (1998). *Cuerpo de tierra*. Praxis, México.
- Vega, Jorge (1999). *Abierta flor*. Secretaría de Cultura, México.
- Vergara, Gloria (1993). *En Lodeluna las sombras*. Praxis, México.
- Zamora, Verónica (1996). *La miel celeste*. Fondo Editorial Tierra Adentro, México.

